

El libro que reseñamos es la publicación de las ponencias que fueron expuestas en diciembre de 2012 durante el curso de Extensión Universitaria celebrado en la ciudad gran Canaria de Arucas con el título general de «La cultura del viaje», que fue patrocinado por la Facultad de Filología de la Universidad de Las Palmas y por la Fundación Mapfre-Guanarteme de Canarias. La idea era exponer cómo algunos viajeros, voluntarios u obligados por las circunstancias, sintieron la necesidad de contar literariamente las experiencias vividas durante sus viajes con el fin de dar a conocer lugares desconocidos o con el propósito de justificar algunas ausencias del lugar habitual de residencia, o bien simplemente, para narrar las anécdotas o curiosidades acaecidas en el transcurso de un viaje.

De las ponencias presentadas dos corresponden al editor y director del curso, Germán Santana, quien se ocupa en la primera del *Ulises* de James Joyce y sus posibles conexiones con el Odiseo de Homero. Son más las diferencias que las similitudes, pues el viaje de Odiseo hasta llegar de nuevo a su casa duró diez años, mientras que en Joyce todo transcurre en la escasa duración de veinticuatro horas. Mientras que Homero maneja a su héroe con mesura y elegancia, midiendo los tiempos, avanzando hacia el regreso a casa con retrasos y remembranzas, en Joyce ocurre todo lo contrario, es un deambular cotidiano y urbano que se opone a los convencionalismos, tabúes e interdicciones propias de la cultura judeocristiana. Su único principio es el esteticismo integral. El autor del estudio analiza el modo de proceder de Joyce para crear su obra y al no dominar la lengua griega clásica, aunque sí supiera algo de latín, acude a las fuentes antiguas que hablaran de Odiseo, fundamentalmente Virgilio y Ovidio, y a otras modernas como Dante, Shakespeare, Racine, D'Annunzio, Hauptmann, etc. Tras describir el panorama general de la obra, Germán Santana analiza cada uno de los dieciocho capítulos o episodios del libro que reciben un título bastante significativo como Telémaco, Néstor, Proteo, Calipso, Lotófagos, etc., de manera que Joyce, a su modo, trata de vincular cada uno de esos epi-

sodios con la figura de algún personaje destacado de la *Odisea* homérica, pero no para imitarlos simplemente, sino para recrear una nueva acción que resulta cómica y hasta irónica; y concluye el profesor de la Universidad de Las Palmas afirmando que «cuanto más nos alejamos de las personas, afectiva y temporalmente, mayor es la posibilidad de descubrir la intrascendencia y ridiculidad de sus afanes».

El segundo estudio corresponde al Catedrático de Filología Latina de la misma universidad, Antonio María Martín Rodríguez, quien analiza en «Viaje al centro de la tele (*Pleasantville*, 1998)» la alegoría representada en la película así titulada y que no deja de ser un viaje en el tiempo durante una etapa de la vida en la que una ciudad, una comunidad, una familia, unos jóvenes, pasan de una vida anodina y monótona, inmadura, a una nueva vida en la que viven una verdadera educación vital y maduran cada uno a su manera. El análisis de los personajes y la interpretación de diferentes escenas han permitido al autor presentar el camino recorrido desde una situación de inmadurez a otra más plenamente vivida.

El tercer estudio, de Israel Castro Robaina, analiza cómo en algunas obras de Ignacio Amestoy el viaje se configura como nudo organizador de la acción, que en este dramaturgo es un procedimiento habitual en la acción trágica. Tras exponer el papel destacado del viaje en la constitución de ritos iniciáticos, mitos y fenómenos artístico-literarios desde la antigüedad, y tras recordar varias teorías al respecto como las de Propp, Jung, Eliade, Campbell, Vogler, Villegas, Castro Robaina se centra en el análisis de dos obras del escritor vasco: *Durango, un sueño. 1439* y *¡No pasarán! Pasionaria*. En ambas obras el viaje constituye una parte esencial de la acción.

Igualmente es interesante el recorrido que ofrece en su estudio Victoria Galván González, titulado «Viajeros canarios por España: Viera y Clavijo y Alonso de Nava Grimón», de los que analizará varias obras alusivas a viajes realizados por los ilustres canarios por diversas regiones españolas; caracteriza la obra de Nava el estar escrita para unos destinatarios concretos, sus familiares, y adopta más la forma de diario en forma epistolar. Los viajes de Viera, en cambio, adoptan la forma de diario pero con unas finalidades



diferentes, más filosóficas e ilustradas, que informan de los beneficios y utilidades de algunas fábricas y minas, por ejemplo. No obstante, los relatos de ambos autores tienen elementos comunes como son el hecho de ser ambos ilustrados, tener sentido del humor, citar a Cervantes como referencia, etc.

El segundo estudio que presentó Germán Santana estuvo dedicado a los relatos de ficción en la obra de Luciano de Samosata; tras ofrecer un panorama sobre la ficción en la literatura griega anterior y las coordenadas biográficas de Luciano, pasa a explicar los detalles de ficción que aparecen en la obra de este narrador del s. II d.C., que antes de narrar dice sin tapujos que lo que cuenta es todo ficción, que ni vio, ni comprobó ni supo. Varios ejemplos de estos relatos fantásticos acompañan su amena exposición.

El sexto estudio corresponde al autor de esta reseña, quien habló de los viajes en las novelas

griegas (pp. 175-256), por lo que me abstendré de hacer comentarios.

Cierra el libro una simpática exposición de viajes a cargo del profesor José Yeray Rodríguez Quintana, quien expone la experiencia literaria y real del viaje que se realizó en la primera guagua (autobús) que llegó a Gran Canaria y el lenguaje característico que se desarrolló a partir de entonces, ampliando el repertorio léxico con las experiencias de los viajes en «guagua» de algunos países hispanoamericanos.

Se cierra así este libro que ha reunido siete estudios sobre la Cultura del viaje, que han analizado este fenómeno desde distintas perspectivas y en distintas etapas de la historia. Una manifestación más de la cultura del hombre en cuanto viajero y testigo de otros paisajes y modos de vida.

Luis Miguel PINO CAMPOS

